

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, JUEVES 16 DE OCTUBRE DE 1895

Num 24.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi Victor Jerez

Co-REDACTORES:

J. Antonio Solórzano Isaías Gamboa

Ante un cromo

I

El lago con sus tonos
de límpida turquesa
que un céfiro sonante
risa, al besar, apenas,
copia el azul del cielo,
la ancha y verde ribera.
En sus ondas se quiebran los reflejos
Del sol muriente hudiéndose á lo lejos.

II

Y vese, en una barca,
que despliega sus velas
como el glorioso lino
de dos blancas banderas
ó de un cisne que boga
las dos alas de seda,
A una gentil pareja enamorada,
Al peso de la dicha doblegada.

III

Es un moreno Apolo,
de hermosura soberbia,
el dichoso mancebo:
la niña es rubia y bella;
como un rayo de luna,
como aroma que vuela.
Es dulce y apacible la criatura:
Dios une así la fuerza á la dulzura.

IV

¿A dónde van? ¿qué viento
los empuja y los lleva,
silenciosos amantes,
lejos de la ribera?
¿Son dos almas felices,
porque aman, porque sueñan!
Dos pájaros que van á alzar su nido:
Los protege el amor, Dios lo ha querido!

V

Este mar de la vida,
mi sol, mi luz, mi estrella,
la novia de mis sueños,
esa que jamás llega,
no surcaremos nunca,
en la barca lijera!
Que así como hay enfermos de ilusiones,
Mueren de hambre de amor los corazones.

VICENTE ACOSTA

Retratos íntimos

VICTOR JEREZ

En una de esas inolvidables y ya extinguidas noches de bohemia, en el fondo de la sala de un café, agrupados en torno de una mesa, cuando se charla muchísimo, y se bebe cerveza y se hechan cigarrillos que es una maravilla, un amigo me decía, entre sorbo y chupete:

—¿Qué piensas tú de Víctor Jerez?

¿Qué pienso yo de Víctor Jerez? Pues, amigo mío..... Yo pienso mucho, mucho y bueno. Pienso que Jerez es uno de los prosistas más galanos de la América del Centro y de los que más la honran. Pienso que es un hermoso talento, bien organizado, robusto, lleno de fuerza, que todo lo busca é investiga. Pienso que, en su brusquedad de prosador serio, juicioso, salta á veces un artista exquisito, tal como los queremos hoy: un modernista. Victor, cuando deja su levitón gris de escritor clásico y se viste su frac tinto y saca al sol sus guantes de piel de Rusia y se planta en la solapa la gardenia de ordenanza, es encantador. Y en este caso, *Lohengrín* es un poeta que no hace versos, pero que escribe unas cosas tan delicadas, tan exquisitas, que valen por lo que se quiera: por un romance retozón, por un soneto férreo, por un idilio; ó bien, cuando la prosa es seria, pesada, bien sustanciosa y pletórica de ideas y de pensamientos amables, vale por las octavas reales de un poema, rimadas con todos los preceptos académicos; vale por una serie de tercetos que desenvuelven sus versos pausada y ceremoniosamente, ó si U. lo quiere, amigo mío, también vale por un canto épico. Es, á veces, un poeta que canta en prosa. Yo no sé si desconozca las leyes del ritmo. No!... No las desconoce. Yo he visto, por allí, en dos ó tres albums de mujer, unas estrofas suyas.

Jerez es una personalidad digna de un estudio detenido.

Y sigo pensando con el amigo aquél, mientras el humo del cigarro llena el ambiente escaso con su gloria gris y, en los vasos, fulguran lucientes las heces del *absinthe*, que hierve en irisaciones color de perlas la dorada luz del gas.

Jerez es uno de nuestros pocos originales. Como Alberto Masferrer detesta las escuelas, "porque van derecho á la estrechez y al orgullo." Masferrer es viril, lleno de fuerza, nervioso; Jerez, juicioso, se da un baño de poesía, se sumerge en las linfas de Catalia y surge rejuvenecido. Va dándole, en estos últimos tiempos, á todo lo suyo, una nota agradable. Hasta en sus estudios serios, se puede notar esto. De la aridez exasperante de "Carlos Fourier" pasad á la refrescante, saludable filosofía del estudio largo y bien pensado sobre las teorías criminalistas de Mr. Tarde y él sobre el Conceptismo en Literatura.

Ha leído mucho, muchísimo. Antes que conocer la brillante literatura moderna, ha ido á beber á las fuentes del clacisismo exasperante. Es constante. Sobre las mesas y sillas de su despacho se ven regados mundos de periódicos, folletos y libros. Junto al abultado burgués, Monseñor el Diccionario de la Real; una novela de Bourget, el postrer libro de Pierre Loti. Junto al Código recién consultado, el reciente libro llegado de Sud-América, la flamante revista francesa. No pierde el tiempo. En su extensa lectura, en sus largas peregrinaciones á través de los libros, ha sabido tomar de todos algo y de ninguno nada. Ha vigorizado su talento. A pura fuerza, Jerez se ha hecho de un "modo suyo", propio. Y eso es lo que difícilmente se consigue. Sus períodos son anchos, tendidos, llenos de poesía amable y confortante. El cincel deja huella harmoniosa en el blanco trozo de mármol.

Al principio, al hacer partícipes á mis lectores de la conversación con un amigo á propósito de Jerez, y que me sugirió la idea de dar vida á este artículo que ya pensaba hace algún tiempo, he hablado rápidamente de una de las envidiables dotes de Jerez: la de poeta.

Quiero extenderme en esto.

Jerez es artista. Sabe sentir y sabe expresar. Como lo he dicho ya, es un poeta que canta en prosa y que no desconoce las sabias leyes del ritmo, pero que juzga hartó estrecho el verso, el período de estrofas, para encerrar sus ideas.

Cuando está de *humour* es "modernista". Si, señor: "hace de modernista", viste con elegancia frac que le sienta á las mil maravillas á su cuerpo robusto. Hace sabrosos cuentos, de un sabor altamente aristocrático. Hace "panoplias", es decir, juicios de arte, en que se une á la frase llena de color y de viveza, el modo rápido y galopante de los críticos elegantes de París. Buscad sus artículos sobre Becquer, sobre Gutiérrez Nájera, sobre Catulle Mendez, sobre Teophile Gauthier. Escribe para "El Fígaro," el amable Lohengrín, *causeries* exquisitas. Allí bulle la gracia, palpita la agudeza de frase, crepita la elegancia suma del artista convencido. Parece que Jerez empapa entonces su pluma en esencia de rosas. Cualquiera que las lea, de lejos, y no conozca á Jerez, va á creerlo un joven del *sport*, un *clubman*, cuando él está lejos de todo esto. Huye de un salón, de

una fiesta, y en sus revistas veréis como el Cenovita, sonriente y feliz, os habla de ellas con el entusiasmo y complacencia de uno que se divierte y que siente la dicha del vivir.

Ha trabajado mucho. En seis años, que aproximadamente lleva de escribir, tiene por trofeos muchas páginas valiosísimas, muchas cosas encantadoras y frágiles.

Publicó sus primeros ensayos en no sé qué periódico, allá, cuando él no había pasado aún el dintel dorado de los diez y seis años. Se lo he preguntado y ni él mismo lo sabe.

En seguida escribió en "El Municipio Salvadoreño", que por entonces dirigía Belisario Calderón, trabajos jurídicos, científicos, literarios. De los que allí se albergaron, recuerdo muy bien, su trabajo enérgico, sesudo, sobre *La Propiedad Intelectual*, dedicado al maestro Francisco Gavidia, y que fue muy elogiado y muy reproducido por la prensa americana.

El *Diario de El Salvador*, *La Bandera Liberal*, *La Pluma*, *La Epoca*, le contaron entre sus colaboradores más constantes.

Ahora escribe para varios periódicos de la capital, es Director de la comisión redactora de "La Juventud Salvadoreña", Director de "La Universidad". "El Fígaro" le reconoce como uno de los que más vida le han dado. Es del cuerpo de redacción y allí escribe constantemente sus crónicas y sus cuentos.

¡Cuántas veces le he tenido á mi lado, en la mesa de labores! A hurtadillas, mientras la pluma del joven maestro corría,....*crac....crac.....crac.....*, llenando de una letra menuda y estrecha las cuartillas de papel en *bloc*, le he observado á mis anchas, le he fotografiado en la cámara obscura de mi cerebro.

Jerez es un tipo agradable, no común y en quien el talento se revela de cualquier modo.

Es de cuerpo de un porte regular y grueso. Cabeza de ancha frente despejada. Cabello negro, levemente ensortijado. Ojo vivo y curioso, de un mirar fijo é investigador. Labios gruesos, y sobre el superior, arranca el bigote fino, sedoso, que enrolla sus cabos como los de un "sportman" La color del rostro es moreno ligeramente. Es de fisonomía simpática, á la simple vista. Yo he visto una fotografía suya, hecha en Guatemala por Gavarrete, en que aparece como un "simpático y arrogante muchacho", como "un buen partido."

Parece que en lo de robustez, se ha cumplido en Victor Jerez aquello de que el cuerpo del trabajador debe ser fuerte y robusto como sus obras.

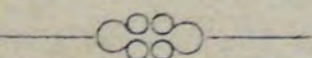
ARTURO A. AMBROGI

1895.

Madrigal

Ya que no puedo, como en otros días,
acudir á las citas amorosas
al jardín dó los lirios y las rosas
oyeron los coloquios halagüenos
que cien veces tuvimos, ¡ oh mi amada !
acude, como siempre enamorada,
al edén de los mágicos ensueños;
y allí te diré, ya sin sonrojos,
que verme quiero en tus divinos ojos,
y que, en momentos para mi sombríos,
¡ ay ! falta le hacen á los labios míos
los dulces besos de tus labios rojos ! ...

J. ANTONIO SOLÓRZANO.



Páginas

POR ALBERTO MASFERRER

Acaba de publicarse la segunda edición de este libro, el cual aparece aumentado notablemente con nuevas producciones, inéditas en su mayor parte. Decir que el libro es precioso y que honra á las letras nacionales, es repetir una cosa que está en la conciencia del público lector que sabe de apreciar las buenas obras literarias: en el caso basta enunciar el nombre del autor para que se suponga desde luego que se trata de algo que merece ser leído. Masferrer ha sido ya debidamente juzgado y goza de reputación envidiable como escritor ameritadísimo. La frase concisa, que es oro puro, el buen gusto, la nitidez y la galanura del lenguaje en que el libro está escrito, están garantizando la verdad y la justicia del juicio anterior, que bien merecido lo tiene quien ha dedicado su juventud al servicio del arte y al de la noble causa de los oprimidos.

Los amantes de la prosa sonora y valiente que ostenta, á la par, solidez, profundidad y fuerza, tienen ancho campo para solazarse en esas *Páginas* vigorosas, escritas con la bizarría de una alma joven y enérgica, con la buena fe acrisolada de un espíritu sincero y la gracia cautivante de uno que conoce el idioma y sabe emplearlo noblemente. Hay en ellas alteza de miras, ardimiento por las causas buenas, sensatez y profundidad de criterio, y, en suma, todo el libro está indicando que en cada una de sus partes han precedido estudios concienzudos, grande acopio de reflexión y un caudal de experiencia que es raro en un joven de veinticinco años.

Se nota, sin embargo, á través de ellas, cierto amargo excepticismo, una tristeza infinita, un dolor reconcentrado; algo en fin, que revela una enfermedad en el alma. La impresión que se recibe al leerlas es de desaliento y pena, aun en medio del vigor y ardimiento que el autor aparenta. En el fondo, es verdad, no hay nada malo; por el contrario, se encuentran á cada paso, en cada lí-

nea, enseñanzas provechosas, reflexiones oportunas y mucho conocimiento de las verdades que enseña la sana filosofía. Mas no obstante estas buenas condiciones, los síntomas que creo advertir le están señalando como á un enfermo que padece dolencias incurables ó que por lo menos parece llevar en germen una enfermedad esterilizadora y terrible. En efecto, el pesimismo es la nota predominante en el libro de Masferrer. Esa tristeza y esa amargura, ese dolor reconcentrado que se advierten en todo lo que ha escrito, denuncian en él un estado de alma excepcional, en el cual han debido ejercer grande influencia sufrimientos morales no interrumpidos y algo del ensimismamiento en que caen los espíritus abatidos y melancólicos. Temperamento nervioso é impresionable, hanle conmovido profundamente y con grande intensidad los fenómenos sensitivos, bien así como se conmueve á la más leve vibración un arpa de cuerdas delicadas y sutiles, ó como en la tersa superficie líquida de una fuente se forman ondas concéntricas al arrojar en ella un proyectil: de ésta manera, lo que para otros no sobrepasa el nivel de lo común, á él se le presenta bajo forma diferente, adquiriendo mayor extensión y significación de las que en sí tiene y agrandándose como á través de un cristal de aumento.

En todo cuanto piensa y siente, reina la desilusión. Ved, sino, lo que dice: "Tengo hecha la conquista de la verdad; soy infalible. Que todo árbol tiene en el fondo la carcoma; que toda flor es palacio de asqueroso insecto; que toda alma es un drama; que todo corazón abriga un reptil; que el hombre es falso y la mujer débil; he ahí mi ciencia. Mi mano ha revuelto el inmenso lodazal, y ha encontrado ésto: la mentira. Traedme á la criatura incaible. ¿Dónde está?" Es esta una revelación, que confirma el temor de que hablé arriba y que acusa un síntoma alarmante. Yo me he preguntado: ¿por qué caminos habrá andado su alma, que así ha llegado á tan amargas conclusiones? Preciso es haber sufrido mucho ó haber contemplado muy de cerca las miserias humanas, para formarse un juicio tan extremado, que en todo caso no es verdadero, porque no todo en la vida es negro y sombrío, ni todo árbol tiene en su fondo la carcoma, ni todo corazón abriga un reptil, ni todos los hombres son falsos y malos. Admitimos que, como seres contingentes y falibles, estamos expuestos á caer; pero no admitimos la maldad como estado natural en el individuo, porque esto nos conduciría á aceptar las desconsoladoras teorías de Hobbes, que en nuestros tiempos son inaceptables. Los sentimientos, como las pasiones, como las ideas, están bajo el imperio de las leyes evolutivas, y aun los instintos, que de suyo escapan al dominio absoluto de la razón, son susceptibles de ser regidos por esas mismas leyes. Es cierto que la fiera no deja de ser fiera, aunque se la eduque; pero al fin y á la postre, con la educación se le aleja un tanto de su estado natural y se le obliga á obedecer pacientemente á la voluntad del "rey" de la creación. En el hombre los instintos están subordi-

nados á la inteligencia, y puede ésta, bien dirigida y educada, modificar, si no nulificar, la influencia de aquéllos. Dedúcese de estas razones que la perfección es factible en el hombre, y que por malo que éste sea, se puede morigerar sus costumbres hasta un grado que no es dable prever, con tal de que los procedimientos empleados para educarlo sean adecuados á su naturaleza.

En esto de juzgar á los hombres hay que tomar en cuenta las circunstancias sociales en que viven para descartar en lo posible de su buena ó mala conducta la parte que le toca al medio ambiente. Además, los modos de apreciar las cosas difieren tanto cuantas son las faces de la cultura intelectual y moral de los individuos: así, lo que para unos es una aberración, para otros tiene el carácter de verdad indiscutible; lo que para estos constituye un acto digno de alabanza, para aquellos es una cosa vituperable é indigna. En este caso, el deber del filósofo es colocarse en lugar eminente para juzgar con libertad de criterio y restablecer la verdad, sin dejarse influenciar por las circunstancias que le rodean.

A este propósito creo no andar muy lejos afirmando que Masferrer se deja llevar con frecuencia de las impresiones del momento. Para él dejan de existir la impassibilidad del filósofo, la serenidad y la calma que debe presidir en las situaciones críticas de la vida, desde el instante en que se siente herido por una injusticia ó por lo que él juzga como tal. Así le vemos siendo siempre víctima de su propensión á imprimir tintes sombríos á los sucesos menos complicados, aun á aquellos que por su sencillez y naturalidad pasan como cosas corrientes y que al día siguiente pueden cambiar su condicionalidad característica, apareciendo como bueno y justo lo que ayer era juzgado como malo.

En corroboración de las líneas anteriores no tengo más que copiar lo que él mismo afirma, contradiciéndose á sí propio en cierto modo: "En moral, dice, aun no se ha hecho nada. ¿En qué cantidad es buena ó mala una acción, según las diferentes circunstancias? Para nosotros, contingentes, falibles, puede ser norma la intención; para Dios no puede ser lo mismo. ¿Por ventura será bueno lo que nosotros juzgamos malo, y malo lo que juzgamos bueno? . . . Estamos en plena incertidumbre. El juicio, pues, y también la sentencia, deben ser moderados. De otro modo, la justicia puede quedar lesionada por el orgullo."

Su patriotismo delirante le hace á veces concebir ideas desfavorables acerca de la posible regeneración del pueblo, sin tomar en cuenta la inestabilidad de las cosas y la lenta evolución de las ideas; sin pensar en las tormentosas y difíciles transformaciones que fatalmente tienen que sufrir los pueblos nuevos y en las naturales crisis porque atraviesan en su peregrinación histórica.

Masferrer es tan vario y complejo en su manera de pensar, que á veces se imposibilita clasificarlo en sus ideas. Puede decirse que es idea-

lista, espiritualista, socialista; pero, antes que todo, que es excéptico. Esta extraña amalgama no le hace, sin embargo, ininteligible; por el contrario, su eclecticismo, si puede tenersele como tal, se conforma muy bien con el espíritu de la época y sus tendencias aparecen bien claras y definidas.

El es todo inteligencia; pero, más que inteligencia, es todo corazón. De ahí sus apasionamientos, sus obcecaciones, sus tempestuosos desbordes, sus nerviosidades de espíritu inquieto que padece sed de justicia, que él, apóstol ardiente, predica con elocuencia soberbia y magnífica. Su ardimiento llévale muchas veces á la exasperación, á la impaciencia, y, lo que es más grave aun, á la blasfemia; pero su corazón siempre honrado se subleva contra el mal, contra los instintos depravados de la sociedad, á la que fustiga con frase severa y candente por sus debilidades, sus flaquezas y sus vicios. Odia á los tiranos hasta desearles la muerte, y quisiera para ellos la excomunión de los hombres honrados; el aislamiento completo, como leprosos inmundos; la execración de la humanidad, como seres malditos. Según él, con los tiranos no debe haber paz ni tregua, ni transacciones ni complacencias: el que asiste á una fiesta que ellos dan, es cómplice; el que compra un periódico en que se les ensalza, cómplice; el comerciante que anuncia en ese mismo periódico, cómplice también; de modo que, siguiendo esta gradación lógica y sencilla, llega á ser cómplice hasta el palafrenero que cuida de los caballos de los déspotas. De todo esto se deduce que el esfuerzo individual debe propender á alejar de la República á esos seres pestilentes, como lo aconseja la profilaxia social, á fin de preservar la salud de los pueblos y encaminarlos á la verdadera libertad. Los tiranos son criminales y están, por lo tanto, fuera de la ley. Además, según Masferrer, "todo criminal, desde el momento en que ejecuta el crimen, está corriendo tras el castigo, porque en el encadenamiento misterioso y fatal de las cosas, el más pequeño eslabón ejerce su influencia, insignificante al parecer, pero trascendental en el fondo," en lo cual no se aparta un ápice de la verdad, pues quien siembra odios, cosecha odios como fruto de maldición, y el que traiciona, se da él mismo la muerte, porque su misma traición le envuelve como en un sudario y le ahoga.

Se ve, pues, que la obra de Masferrer, aunque exagerada en más de un concepto, se encamina á un fin noble, cual es el de levantar el espíritu postrado de nuestro pueblo; el de infundirle, por medio de la palabra que incendia y enardece, el santo amor á la libertad, el culto á la justicia, el odio al mal bajo todas sus formas. Con espíritu ingenuo y desprendido desea el bien para su pueblo, y en este caso su palabra es de oro y debe ser escuchado.

Aparte de esto, el libro todo es una enseñanza: el letrado como el indocto encontrarán algo para su espíritu; el uno esparcimiento y útil lec-

tura, en que puede seguir paso á paso las peripecias y aventuras de un alma; el otro, simiente provechosa para su corazón y su mente, por las máximas saludables que contiene.

Tal me parece la obra de Masferrer considerada en su aspecto político, moral y social. Réstame hacer algunas apreciaciones más tocante á la parte puramente literaria, que es, si se quiere, donde mejor puede apreciarse la bondad del libro.

Lo primero que llama la atención es el estilo, que se desborda como una cascada de armonías y seduce por su frescura, gentileza y donaire: la musa de la juventud, que ahí aparece revestida de una gravedad precoz y que se da humos de persona seria agobiada por los desengaños, preside con su genial donosura el concierto de las palabras y da la nota ingenua, franca y amable, reveladora inconsciente de un espíritu recto, no maleado por la falsía ni contaminado por el ambiente corruptor del siglo, aunque vacilante é irresoluto, quizá por haber saboreado muy temprano, al despertar á la vida de las pasiones y de las luchas del corazón, los amargos frutos de la duda.

Hay quienes tachan á Masferrer el prurito de imitar á Montalvo, despojando en cierto modo á su obra de toda originalidad en materia de estilo: en efecto, creo que tendrían razón, si hubiéramos de juzgar solamente por la forma; pero si nos atenemos á la parte individual, es decir, al contingente del espíritu, á la manera propia de ver y sentir las cosas, encontraremos que Masferrer no ha hecho más que amoldar su pensamiento á un estilo que responde á su temperamento artístico, nervioso, impetuoso y ardiente como el de Montalvo y, como el de éste, enemigo de encerrarse en la estrechez de las reglas, que quitán al espíritu su libertad y acaban por empequeñecerle. Su estilo es de él, y es personalísimo hasta lo sumo, pues su misma conversación, sus movimientos, sus gestos, todas sus maneras, están retratados ahí de tal suerte, que al leerlo puede el que no le conozca de cerca tener idea completa de lo que es el Masferrer de la intimidad. Creo, pues, y en ello no ando equivocado, que no estriba en su estilo el defecto capital de la obra.

Otro aspecto interesante es el del *cuentista*, que despunta de manera notabilísima en las dos preciosas joyas de este género, tituladas *Niñerías* y *Mandu yo ó no mandu?*, en las cuales derrocha la gracia fina que hace sonreír discretamente, y reproduce con un colorido y naturalidad perfectas, escenas nacionales. Los dos cuentos aludidos son una linda muestra de un filón aun no explotado entre nosotros y del cual Masferrer podría sacar un gran partido.

En suma, el libro merece aplausos y es digno de ser leído. Los lectores dirán si tengo razón ó no.

PAUL DE GÉRY.

Stella

¡ Oh estrella, que en hora de amarga triteza
Brillaste en mi cielo,
Besando mi frente con trémulo rayo
De célica luz,
¿ Porqué, estando oculta, de pronto apartaste
Tu cándido velo,
Y así descubriste tu faz primorosa en el fondo
Del éter azul ?

Mis ojos te vieron...; oh, nunca te vieran mis ojos
Bañados del llanto !
Con ansia infinita, profunda, sin nombre,
Tu curso seguí;
Y tú me atraías, sonriendo,
Y envuelta en fulgores de plácido encanto,
Marchabas trazando una estela
De luz en la comba región de zafir.

¡ Oh, nunca te viera !
De entonces yo siento en el fondo de mi alma angustiada
Anhelos de ir y arrancarte de allá de la altura en que estás,
Traerte conmigo, guardarte en mi seno,
Mi estrella, mi novia adorada,
Quererte con una locura infinita,
Y no separarnos ya más.

Ah! nunca, imposible! Mi vista tan sólo á mirarte
De lejos alcanza.
Jamás en mi seno podré acariciarte,
Mi estrella, mi novia, mi bien.
Tú estás en la altura, yo voy en la sombra perdido
Sin una esperanza,
Soñando contigo que brillas, yo, el triste
Y obscuro poeta si fe.

ISAÍAS GAMBOA.



Fiat lux

Primero era una sombra tenebrosa,
Según nos lo refiere el Testamento,
Vacío y silencioso el firmamento,
Ocultaba el secreto de la fosa.

No existía ni un sér. La misteriosa
Tranquilidad del líquido elemento,
No abrigaba en sus pliegues ni el acento
De la brisa que corre presurosa.

Ni un alma, ni un suspiro, ni un destello
Había en la extensión de lo increado;
Mas luego Dios, que lo infinito absorbe,

Quiso en los mundos imprimir lo bello
Y surgió de lo ignoto un sol dorado,
Esa perla de luz que inunda el Orbe.

SALVADOR DÍAZ.

1895

Realismo é idealismo

Artículo 2º

Victor Hugo, superior á Lamartine y á Zola, ¿cómo es que no se sale de los límites señalados por estos?

En otro artículo diré porqué el fondo de la literatura del siglo XIX, está constituido por el ansia de llenar asperaciones ó necesidades de que nadie se da cuenta: ansia que se manifiesta por una queja continua.

El tono varía—pero en el fondo siempre resulta la queja desconsolada é inacabable.

Victor Hugo, no dañado por la monomanía melancólica de Lamartine, ni por la monomanía tétrica de Zola, alza su queja viril, vistiéndola con regio ropaje. En medio de ella, la esperanza que falta en Zola y Lamartine, se anuncia con profecías de futura ventura. Esto explica para mí esa actitud de profeta, que la crítica señala en Victor Hugo.

Pero esa queja y esas profecías hugianas, no están dentro de la humanidad—todo cuanto dice Hugo, está influido por la alucinación de que son víctimas los literatos del siglo XIX.

No encuentro palabras más acertadas para señalar el modo de Hugo, que estas de Zola: “Le compararía yo con un hombre, que permaneciese durante veinte años con los ojos fijos en el mismo horizonte; poco á poco viene la alucinación, los objetos crecen, se desfiguran; todo se exagera y cada vez toma más ese aspecto ideal que sueña el espíritu extraviado.”

De ahí que todos los personajes creados por Hugo, tengan una exuberancia delirante. Si son buenos, su bondad se alza sobre la bondad humana y resultan no seres ideales, sino quiméricos—si son malos, su maldad se deforma y agranda monstruosamente, hasta convertirse en perfidias de las creaciones de pesadilla. Lo más frecuentemente, es que Victor Hugo forje monstruos, que son la maldad personificada, menos para cierto orden de cosas—v. g. Lucrecia, el corazón negro y amargo para todos, blanco y de mieles para su hijo.

Y ya sean esos personajes buenos ó malos, no tienen carne, ni nervios como los hombres, sino carne y nervios del mundo absurdo, creado por Hugo.

Dejo á Chateaubriand á un lado, porque científicamente, pertenece al siglo XVIII—(no entro en consideraciones sobre este punto porque sería muy largo—y habría menester estudio especial—el refutar la opinión de que Chateaubriand es uno de los precursores del romanticismo.)

Goethe y su rebelde continuador Heine, antes que literatos son guerreros.—“Si fuese á decir lo que yo he sido para los alemanes en general, y para los poetas jóvenes de Alemania en particular diría que he sido su *libertador*”—decía Goethe, y Heine dice: “No sé si merezco que algún día pongan sobre mi ataúd una corona de lau-

rel. A pesar de lo tiernamente que he amado la poesía, nunca ha sido para mí, más que un juguete sublime. En ningún tiempo he dado gran valor á la celebridad poética; y me importa poco que las gentes elogien ó censuren mis versos. Pero depositen sobre mi ataúd una espada: pues siempre he sido un soldado intrépido en la guerra de la independencia de la humanidad.”

Ese carácter de guerreros de ambos, debería hacer que sus obras fueran realistas—el ardor del combate no permite la reflexión, que es la gran falsificadora de lo real. Pero los combates modernos, no son como los antiguos, que se lanzaban á la pelea, enardecidos. Aquellos inventan armas que alcancen grandes distancias y calculan friamente el disparo—se sirven del álgebra y no del entusiasmo.

Luego, sobre Goethe, á pesar de su tarea de romper la rutina que encadenaba á Europa, proyecta su sombra la literatura anti-natural de los siglos anteriores. Y en ambos—Goethe y Heine—hace presa la enfermedad del espíritu endémico en este siglo.

Por lo demás el realismo consiste en hacer completa abstracción de la personalidad del autor y no “en trabajar del interior al exterior con la mira de que, haga los rodeos que quiera, su propiedad individual salga á luz.”

Tampoco quiero hablar de los que solo fueron poetas, como Byron, Musset, &—hasta ahora, convienen todos en que no ha habido poesía realista—me dirijo ahora, á la tierra, que ha producido las grandes obras realistas: España.

Desde luego—por estar bien clara su filiación idealista—elimino de estos breves apuntes, á todos los literatos de la generación pasada y me quedo con Galdós y Pereda.

Galdós es descendiente en línea recta de los grandes realistas españoles, Cervantes, Guevara, Guzmán, Rojas, etc. “El Diablo Cojuelo” “El Lazarillo de Tormes” etc. tienen parte, como progenitores, en las obras de Galdós. Pero como sucede generalmente á la cuarta ó quinta generación y á veces antes, la herencia no se ha conservado íntegra—los medios ambientes, por que ha ido pasando, la han transformado hasta tal punto, que ahora solo con minucioso examen, puede conocerse su origen.

Esta herencia clásica, no es el único elemento componente de la obra de Galdós. El inevitable espíritu delirante de este siglo—ésta es la llamada influencia de Zola en Galdós—entra en ella, por mucho.

Ciertamente que á veces las creaciones de Galdós, están dentro de lo humano—pero también, suelen—á manera de epilépticos, que viven sanamente la mitad de su vida—bajar á las profundidades temerosas de la alucinación.

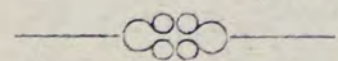
Los personajes, que en la edad de oro de la literatura castellana, eran graciosos pícaros llenos de salud, se vuelven en Galdós pícaros enfermos, que gastan bromas fúnebres. De este modo, la neurosis, aplasta á la naturaleza.

Pereda, descendiente también de los realistas excelsos, ha tomado otro rumbo. Pasó por Garcilaso y Menéndez Valdés y tomó de ellos la monomanía campestre—siguió adelante hasta detenerse ante el siglo actual. Allí se detuvo, informado por un espíritu de tradición, que le impedía aceptar lo nuevo—se encerró en el pasado, llevándose consigo á la gramática y resultó, que el divino y fresco realismo antiguo, se convirtió en él, en anacronismo helado, con frío de ruinas. Es verdad que no está al alcance de ningún humano, acomodar ese realismo á las condiciones actuales.

Como se comprenderá, en este breve estudio, ni caben juicios extensos sobre los literatos que menciono, ni es posible que trate de todos ellos.

Corto aquí este artículo, para emprenderla en el próximo, con las flamantes escuelas nuevas

JOSÉ B. NARVARO.



Margarita

(Cuadro de D. Downey.)

Blanca virgen! Margarita *casta é pura!* Pasa! Pasa, camino del templo! Ya la campana mayor ha sonado su último toque. El sacerdote, de sobrepelliz flamante y bonete lustroso, atraviesa la nave, lentamente, bajos los ojos, y va al altar. Arden los cirios; los incensarios derraman sus ondas de perfume acre. Languidecen las rosas blancas en los búcaros de alabastro y el monaguillo, lleva en brazos, de un extremo al otro, el atril en que el Evangelio abre sus páginas santas. Rezan las viejecitas blancas su primera oración, mientras la gente del oro, la de la sangre azul y el corpiño abullonado de encajes y de la falda de seda, hincada en lujoso reclinatorio, hojea el devocionario de pasta de nácar y broche de oro, lleno de listones y colgajos.

Pasa, Margarita! Camina ligera. La campana mayor ha callado ya. Apura el paso, para que llegues al tiempo en que el sacerdote principia sus oficios. La cancela de vidrios de colores está abierta. Saltan fuera las notas del *armonium* y las brisas traviesas y leves, llevan lejos ráfagas de aromas sagrados. En el atrio no hay quien te espere, Margarita? Ah! No. Tu alma pura no es nido aun de los pájaros coquetuelos que suelta Psiquis en parvada loca. Es santuario de pureza, nido de ansias místicas, de oraciones piadosas. Tu alma hecha de sumo de lirio, esencia de azahar y polvo de nieve, es de Dios. Tu labio no presiente aun el beso que aletea inquieto. La mirada de tus ojos parece decir: "¿no soy feliz acaso?" Duerme en ellos el rayo azul. Brillan esos dos luceros, tranquilos, bajo el palio de la madeja rubia y

alborotada de la cabellera perfumada, en que languidece una rosa. Las mejillas, tienen la sonrosadez del pie de un niño recién nacido, que surge de entre el oleaje blanquísimo de las colchas de seda, y la suavidad y el vello de un durazno maduro.

Margarita! Virgen casta y pura! Anfora de pureza! Caliz de perfume! Lirio sagrado! Clemátide de nieve intacta.....

Sobre los encajes humildes de tu corpiño, bajo el cual levantan sus redondeces tímidas y cándidas, su albura de leche, su suavidad de plumón, los senos erectos y duros, vírgenes, purpurados, va prendido un ramito de margaritas silvestres de corazones de oro. Ellas son el emblema de tu modestia y de tu humildad. Eres casi-santa. A tu frente le falta, no más, el nimbo de luz. Tus manos, menudas y transparentes, como de porcelana, solo saben posarse sobre tu pecho palpitante, á la hora del rezo, y acariciar, con veneración y cariño, la cabellera nevada de la buena abuelita, y tus dedos solo saben de deshojar flores y de correr el hueso sobre el lino que teje la rueca que impulsa tu pie, en la terraza modesta, junto á los rosales tupidos y los naranjeros cubiertos de flores.....

Por entonces, Siebel no te había conocido ¡virgen imfortunada! Cuando abrías tu balcón, á la hora del alba, fresca y zalamerosa, no encontrabas ramos de rosas, empapadas de rocío, húmedas de besos de amor. Cuando ibas al templo, el blondo paje no seguía tus pasos ni te esperaba, á la hora de salida, recostado en alguna columna del atrio, sonriente y feliz.

Fausto todavía no pensaba en evocar á Mefistófeles maligno, ni en entonar con sus labios ajados la canción jovial de los veinte años. En el fondo del tugurio, entre retortas, revolvía los infolios vetustos y polvorientos, y veía á través de los vidrios de las claraboyas, con sus ojos mustios que resguardaban los lentes de los anteojos, el florecimiento de oro de las estrellas en el cielo y el despertar de la aurora, que teñía de rosa incierta el azul luminoso.

ARTURO A. AMBROGI.

Teatro

Para un día de tantos, la empresa Buxéns anunció la representación de "Catalina de Rusia", pieza que no tuvimos el gusto de ver, por la formal amenaza que nos hizo el empresario de representarla con la *misma propiedad* que "Los Desventurados Sobrinos del Capitan Grant"

Y á la verdad, pudimos presenciar con relativa sangre fría, la decapitación de aquellos pobres sobrinos de su tío; pero ya testas coronadas es cosa muy diferente, pues aunque somos demócratas, no somos demagogos, y nos hubiera dolido mucho ver á una czarina y á un czar ¡Dios nos ampare! nada menos que *en berlina*.

Lo cierto es que le hemos cogido un miedo

cerval á las piezas de aparato; y apenas nos anuncian una, sentimos la imperiosa necesidad de echar á correr, como si nos enseñaran un acreedor ó una suegra.

Tras "Catalina" vinieron "Los Hijos del Zebedeo." Nada podemos decir de su representación, porque... porque... tampoco fuimos esa noche al nacional.

El último sábado le tocó su turno al "Anillo de Hierro." En esta representación, pasó lo de siempre: los dos ó tres únicos miembros buenos de la compañía impidieron que el buen gusto del público hiciera su justicia con los demás cómicos de la legua, con quienes—para desgracia suya—se han juntado.

Ya hemos dado nuestra opinión sobre la señora Quiñónez, y no la cambiamos. Su voz es limpia y dulce, sus ademanes son oportunos y desembarazados, y es simpática y graciosa en las tablas. Le echaremos en cara, sin embargo, ciertas descuidillos de tocador; por ejemplo, que no abuse tanto del color rojo en la región de las sienes. No parece sino que el pudor se hubiera refugiado en las orejas, dejando desolados los campos de las mejillas y de los carrillos. Nos hizo una Margarita, que no merecía el Rodolfo que esa noche le cupo en suerte; pues el señor Retana pudo haber sido todo lo buen cantor que se quiera, pero como cómico, ha sido, es y será enteramente malo, por todos los siglos de los siglos, amén.

El señor Diestro A. anduvo así, así, en el importante papel de Tiburón. Su hermano, el señor Diestro J., lo hubiera representado sin duda con toda propiedad. La culpa es de quien reparte los papeles.

La señora Cavaletti cumplió bien su cometido. El papel de Quinaña enamorada hizo reír mucho al público. A pesar de los años, deja ver que ha sido buena artista, que todavía se acuerda de sus buenos tiempos.

El señor Flores estuvo en carácter en su papel de Ermitaño, pues su voz grave y solemne de barítono, su estatura y sus ademanes reposados, estaban perfectamente de acuerdo con el papel que representaba.

Los demás que salieron á las tablas esa noche, lo hicieron malditamente, como siempre.

El señor Núñez, estuvo perfectamente mal y el señor Escriña; Dios santo! estuvo *perfectamente peor*. Este señor habla siempre como el fonógrafo; no se mueve ó se mueve con torpeza, y parece que se hubiera tragado una tortuga. Recomendamos al empresario que le haga comer máquinas eléctricas ó cuando menos botellas de Leyden, para ver si entra en calor, aunque sea galvánicamente, pues de otro modo puede quedar cualquiera noche de estas congelado en las tablas.

Los coros malos con esta **M.**

La orquesta ha mejorado visiblemente.

"De Madrid á París" con su interesante música embelesó al público. La representación dejó mucho que desear, porque hay mucho *tipo* en esa compañía.

Lo hicieron bien Flores y Diestro, el que hizo de dandy, que entendemos que fué el señor Diestro A. Al otro señor Diestro le dieron un papel muy tonto que lo exhibió muy mal.

La señora Quiñones se hizo repetir por el público en su papel de *golondrina*. A propósito de este coro, no diremos nada malo de él, sino que dos ó tres de aquellas coristas, más que golondrinas, parecían murciélagos... por el traje que llevaban, se entiende.

Para el domingo anunciaron "La Traviata," y buen chasco se llevó el público, pues en vez de la pieza anunciada, resultaron con "La Tempestad", que es la pieza que asesinan con más alevosía. ¡De buelta se ha escapado la pobre Dama de las Camelias!

Para el sábado 19 anuncia la señora Quiñones su función de gracia. Augurámosle desde luego el éxito más brillante, dadas las simpatías con que cuenta.

Preguntamos: ¿con qué derecho el empresario Buxéns impide el pase de la prensa? Este señor, olvidando una inveterada costumbre, puede muy bien retirarle la entrada gratis al teatro; pero para todo el que quiera tener el mal gusto de ir á presenciar sus malas funciones, pagando se entiende, debe estar la puerta abierta, ó el señor Buxéns se irá con la música á otra parte.

Ya se se hace sentir en nuestro teatro la ausencia de una buena compañía, porque el gusto del público se estraga, presenciando siempre malas representaciones, pues en las compañías que últimamente han venido, por un cómico regular ó bueno, hay una docena de cómicos de la legua. Nuestro Gobierno debe tomar en consideración esta circunstancia, y conceder subvenciones equitativas á buenas compañías.

Se nos dice que el simpático Lopecito trabaja por traernos la Compañía Dramática de Burón. Ojalá tan buena intención sea premiada con el éxito más completo.

CIRRUS

Rima

Oh! que triste es ahogar dentro del pecho,
Del corazón, cuando ama, los latidos,
Sin poder pronunciar un "yo te amo",
Que te he dicho mil veces con suspiros.

Siempre "te amo" el corazón repite,
En su constante y pertinaz latido.
Tengo miedo, mi bien, que tú no me ames
Y loco de pasión, por tí suspiro.

GUSTAVO M. MEDINA.

Imprenta Nacional.